ARTICULO XVIII.

Pensamientos sobre la muerte, extractados de una carta escrita por Pascal con motivo del fallecimiento de su padre.

1.°—En la afliccion por la muerte de una persona cara, ó por cualquiera otra desgracia que pueda sucedernos, léjos de buscar el alivio en nosotros mismos, en los demas hombres ni en nada de lo criado, debemos dirigirnos solo á Dios. No siendo las criaturas la causa primitiva de los accidentes que llamamos males, sino la Divina Providencia, árbitra y soberana, es indudable la necesidad de recurrir á ella como fuente, subiendo hasta su orígen, para encontrar un verdadero y sólido consuelo. Si, en consecuencia, consideramos esa muerte que tanto nos aflige, no como un efecto del acaso, como una necesidad fatal de la naturaleza, ó como el juguete de los elementos y partes que componen el hombre, sino como un resultado necesario, inevitable, justo y santo de un decreto divino que se cumple á su debido tiempo: ni atendemos á que no pueden ser jamas abandonados al capricho de la casualidad los escogidos de aquel que ha preordinado cuanto ha sucedido y está por suceder: si, en fin, por uno de los auxilios poderosos de la gracia consideramos este accidente, no en sí y fuera de Dios, sino fuera de sí y en la voluntad misma de Dios, en la justicia de sus decretos y en el órden de su providencia, verdadera causa de él y por la cual ha sucedido en los téminos que ha llegado á suceder; adorarémos en humilde silencio la impenetrable profundidad de sus arcanos, venerarémos la santidad de sus disposiciones, bendecirémos la conducta de su providencia, y uniendo á la suya nuestra voluntad, querrémos con él, en él y para él, todo cuanto él ha querido en nosotros y para nosotros de toda eternidad.

2.°—Solo en la verdad se halla consuelo. Sócrates y Séneca nada sin duda ofrecen capaz de persuadir y consolar en tales ocasiones. Víctimas del error que en Adan cegó á todos, tuvieron la muerte por natural al hombre; y fundados en este falso principio sus discursos, no sirven sino es para hacer ver por su inutilidad cuan débil es el hombre en general, manifestando en las mas elevadas producciones de los mas grandes de ellos, pensamientos tan bajos y pueriles.

No sucéde así con Jesucristo. La verdad resplandece en los libros canónicos, y á ella se une el consuelo tan infaliblemente, cuan infaliblemente está distante del error. Debemos, pues, considerar la muerte en la verdad que nos ha enseñado el Espíritu Santo. Tenemos la admirable ventaja de conocer que siendo una pena impuesta al hombre para expiar su pecado, y necesaria para purgarle de él, es ademas el medio único de librar al alma de la concupiscencia de los miembros, á que aun los mas santos estan sujetos en el mundo. Sabemos que la vida, especialmente la de los cristianos, es un sacrificio continuo que solo la muerte puede terminar: que Jesucristo desde que vino al mundo se consideró y ofreció á Dios como holocausto y verdadera victima: que su nacimiento, su vida, su muerte, su resurreccion, su ascension, su asiento eterno á la diestra del Padre y su presen-

cia en la Eucaristia, son un solo y único sacrificio; y en fin, que todo lo acaecido en Jesucristo debe suceder en todos los miembros de su cuerpo.

Siendo, como es, un sacrificio la vida del cristiano, los accidentes de esta solo deben hacer impresion en nuestro espíritu á medida que interrumpan ó ejecuten aquel. No llamemos mal sino á lo que convierte en víctima del diablo la víctima de Dios; y llamando bien á lo que convierte en víctima de Dios la víctima del diablo en Adan, examinemos segun esta regla la naturaleza de la muerte.

Para esto es necesario recurrir á la persona de Jesucristo; porque así como Dios no atiende á los hombres sino por su medio, los hombres de la misma suerte no deben considerar á los demas ni á sí mismos sino por la propia mediacion.

Sin pasar por Jesucristo, solo podemos encontrar en nosotros verdaderas desdichas, ó falsos y abominables placeres: considerando todo en él, hallarémos en todo satisfaccion, edificacion y consuelo.

De consiguiente, contemplemos, pues, la muerte en Jesucristo, y no sin Jesucristo. Sin él es horrible, detestable, horror de la naturaleza; en él es santa, amable, la alegría del fiel. Jesucristo como hombre y como Dios, fué todo lo humilde y todo lo elevado: y habiendo padecido y muerto para santificar en su persona los dolores y la muerte, para hacer digno de aprecio todo lo despreciable, ménos el pecado, y para ser el modelo de todas las clases; la muerte misma es dulce en Jesucristo.

A fin de considerar lo que es la muerte, y la muerte en Jesucristo, es preciso ver el lugar que

ella ocupa en su sacrificio continuo y sin interrupcion, notando que en los sacrificios la parte principal es la muerte de la víctima. La oblacion y santificacion que preceden son disposiciones; mas el cumplimiento es la muerte, en la cual por el fin de la vida, rinde á Dios la criatura todo el homenage de que ella es capaz, anonadándose á la presencia de su Magestad, y adorando su soberano ser, único que existe esencialmente. Es verdad que despues de la muerte de la víctima queda la circunstancia de que sea acepto á Dios el sacrificio, sin lo cual es inútil la muerte; y por eso dice la Escritura hablando del de Noé al salir del arca: *Olió el Señor olor de suavidad* (1). Pero esta circunstancia que sin duda corona la oblacion, mas es una accion de Dios para con la criatura, que no de esta hácia Dios, y no impide que la última accion de la criatura sea la muerte.

Todo esto se cumplió en Jesucristo. *El, por Espíritu Santo, se ofreció á si mismo sin mancilla á Dios* (2). *Entrando al mundo dijo: Sacrificio y ofrenda no quisiste: mas me apropiaste cuerpo. Entónces dije: Heme aquí que vengo. En el principio del libro está escrito de mí: Para hacer, ó Dios, tu voluntad* (3). *Quíselo, Dios mio, y tu ley en medio de mi corazon* (4). Ved aquí su oblacion, á que seguida inmediatamente su santificacion, el sacrificio que duró toda su vida, se cumplió por su muerte. *Fué menester que el Cristo padeciese estas cosas; y que así entrase en su gloria* (5). *En los dias de su mortalidad, ofreciendo con grande clamor y con*

---

(1) Genes. 8. 21.—(2) S. Pablo á los Hebr. 9, 14.—(3) Idem 10, 5. 7.—(4) Salm. 39.—(5) S. Lúcas 24, 16.

lágrimas sus preces y ruegos, á aquel que le podia salvar de muerte, fue oido por su reverencia: y á la verdad, siendo Hijo de Dios, aprendió la obediencia por las cosas que padeció: y consumado, fué hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen (1). En seguida le resucitó Dios y envió su gloria, figurada antiguamente en el fuego del cielo que caia sobre las víctimas, para abrasar y consumir su cuerpo, y darle una vida gloriosa. Ved aquí lo que Jesucristo alcanzó y tuvo complemento en su Resurreccion.

Siendo pues perfecto el sacrificio de Jesucristo por su muerte, y habiéndose consumado aun en su cuerpo por su Resurreccion que absorvió por la gloria la imágen de la carne de pecado; concluido ya todo por su parte, restaba solamente que el sacrificio fuese acepto, y que así como el humo de las víctimas elevaba su olor hasta el trono de Dios, de la misma manera Jesucristo en estado de inmolacion perfecta subiese á él y fuese colocado á la diestra del Padre; y esto fué lo que se se cumplió en su ascencion á los cielos por su propia virtud y la del Espíritu Santo de que estaba rodeado. Semejante al humo de las víctimas que se elevaba sostenido por el aire, Jesucristo, representado ántes en aquel, era llevado entónces por su Espíritu Santo figurado en este; y en los Hechos de los apóstoles se nos advierte expresamente que se le recibió en los cielos, para asegurarnos de que su sacrificio cumplido en la tierra fué agradable á los ojos de Dios.

Tal es el estado de las cosas con relacion á nues-

(1) S. Pablo á los Hebreos 5, 7, 8, 9.

tro adorable Salvador: contemplémoslas ahora respecto de nosotros mismos. Al entrar en la Iglesia, mundo de los fieles, y particularmente de los escogidos, en donde tuvo ingreso Jesucristo desde el instante de su Encarnacion; por un privilegio especial del Unigénito de Dios, somos ofrecidos y santificados. Este sacrificio continúa en la vida y se cumple á la muerte, en que el alma dejando realmente los vicios y el amor á la tierra, de que se ve infecta durante la vida, pasa al seno de Dios.

No nos aflijamos pues, como los paganos que no tienen ninguna esperanza, por la muerte de los fieles. No es entónces cuando los perdemos: los hemos perdido, digámoslo así, desde que el bautismo les dió entrada en la Iglesia; desde aquel instante pertenecen á Dios. Dedicada á él su vida, solo por él tocaban á este mundo; y recibidos en su seno al espirar, libres ya eternamente del pecado han concluido y coronado su sacrificio.

Cumplieron sus votos, acabaron la obra que Dios les habia encomendado, desempeñaron el deber único para que fueron criados. La voluntad de Dios se cumplió en ellos, y la voluntad de ellos quedó como embebida en la de Dios. No separe la nuestra lo que este Dios ha unido: sofoquemos ó modifiquemos á lo ménos por la inteligencia de la verdad, los sentimientos de la naturaleza degradada y corrompida, que sin ofrecernos mas que ilusiones y falsas imágenes, turba la santidad de aquellos que nos debe inspirar la solidez del Evangelio.

Así, no contemplando ya la muerte como paganos sino como cristianos, esto es, con la esperanza, segun manda San Pablo, pues ella es el privilegio especial de los cristianos; no consideremos un ca-

dáver como un cuerpo infecto, por mas que la naturaleza engañosa nos le ofrezca de este modo á la vista; sino, segun la fe, como un templo inviolable y eterno del Espíritu Santo.

Sabemos que él habita en los cuerpos de los que murieron en gracia del Señor, hasta el dia de la resurreccion, y que residiendo en ellos para obrarla, resucitarán por su virtud: tal es la opinion de los santos Padres. Hé aquí por qué honramos las reliquias de los difuntos, y el verdadero principio en cuya virtud se ponia en otro tiempo la Eucaristía en su boca; pues sabiendo que eran templo del Espíritu Santo, se les tuvo por dignos de estar tambien unidos á este Sacramento. La Iglesia abolió esta costumbre, no porque no crea que estos cuerpos son santos, sino porque siendo la Eucaristía pan de vida y de vivos, no debe subministrarse á los muertos.

No creamos aunque la naturaleza se esfuerce en persuadírnoslo, que los fieles difuntos han cesado de vivir, sino, como la verdad nos lo asegura, que han entrado en una vida nueva: no consideremos sus almas como destruidas y reducidas á la nada, sino como vivificadas en la union del soberano Ser que siempre vive: y sin perder de vista estas verdades, reformando los juicios erróneos que se hallan tan grabados en nosotros mismos, corrijamos tambien esos movimientos de horror que nos son naturales.

3.°—Con dos amores ha sido criado el hombre, uno para su criador, y otro para sí mismo; mas á esta concesion se unió la ley de que aquel fuese infinito, es decir, sin ningun otro fin que el mismo Dios, y este finito y siempre con relacion a Dios.

El hombre en la creacion no solamente se amaba sin pecado, sino que no podia dejar de amarse sin pecar.

Mas habiendo perdido despues por el pecado su principal amor; reducido el de sí mismo á ser el único en una alma capaz del infinito, y derramado sobre la extension que ocupaba el de Dios, el hombre vino á amarse solo, y á amarse infinitamente amando todas las cosas para sí.

Hé aquí el origen del amor propio, que natural en Adan y justo en su inocencia, despues de su caida fué inmoderado y criminal: tal es la fuente de donde dimana, y la causa de su imperfeccion y de su exceso.

De aquí nace tambien la inclinacion al predominio, á la pereza y á los demas vicios. Es fácil hacer su aplicacion al horror que nos causa la muerte. Este horror era natural y justo en Adan inocente; porque siendo su vida muy agradable á Dios, lo debia ser al hombre, y mas cuando la muerte hubiera terminado esa vida conforme con la voluntad del Señor. Mas contrariada por el hombre en su pecado, su vida se estragó, su alma y su cuerpo se hicieron enemigos, y uno y otro lo fueron de Dios.

Inficionada por esta mudanza una vida tan santa, subsistió sin embargo el amor á ella; quedando de la misma manera el horror á la muerte, que justo en Adan ántes de su pecado, es injusto en nosotros.

Este es el orígen del horror á la muerte, y la causa del vicio de este horror. Desvanezcamos pues, con la luz de la fe el juicio equivocado de la naturaleza.

Era natural el horror á la muerte en el estado de inocencia, porque ella no podia entrar en el paraiso sin dar fin á una vida enteramente pura. Jus-

to era aborrecerla cuando solo podia venir á separar una alma intacta de un cuerpo inmaculado; pero es muy justo amarla cuando de un cuerpo impuro separa una alma santa. Era muy justo el herirla cuando hubiera podido turbar la paz entre el alma y el cuerpo; mas no lo es cuando calma una perpetua disension entre los dos. Si ella hubiese afligido á un cuerpo inocente; si le hubiese privado de la libertad de honrar á Dios; si hubiese separado del alma un cooperador sumiso á sus designios; si hubiese dado fin á cuantos bienes puede gozar el hombre, seria muy justo aborrecerla: pero cuando acaba con una vida impura; cuando quita al cuerpo la libertad de pecar; cuando libra al alma de un rebelde tan poderoso como contrario siempre á su salud, es injusto no amarla.

Conservemos enhorabuena el amor que la naturaleza nos ha inspirado á la vida, pues lo hemos recibido de Dios; pero que sea á aquella vida para que nos le dió, y no á otra alguna que le sea contraria. Con este amor de Adan á su vida inocente, y que aun tuvo á la suya el mismo Jesucristo, inclinémonos á aborrecer una vida contraria á la que Jesucristo amó, y á no temer sino la muerte que él temió, es decir, la de un cuerpo sin mancha y agradable á Dios; pero nunca á la que castigando y purgando un cuerpo criminal y vicioso, debe inspirarnos sentimientos diamentralmente opuestos, con solo que tengamos un poco de fe, de esperanza y de caridad.

Unos de los grandes principios del cristianismo es que por todo cuanto sucedió á Jesucristo debe pasar el alma y el cuerpo de cada cristiano: que así cómo él padeció en toda su vida mortal, como

murió á ella, y resucitado á nueva vida subió á los cielos, en donde está sentado á la diestra del Padre; de la misma suerte nuestro cuerpo y nuestra alma deben padecer, morir, resucitar y subir á los cielos.

Durante la vida todo esto se cumple en el alma, pero no en el cuerpo.

El alma padece y muere al pecado en la penitencia y el bautismo, resucita á nueva vida por estos sacramentos, y en fin, abandona la tierra para subir al cielo llevando una vida celestial. Por esta razon dice San Pablo: *Nuestra morada está en los cielos* (1).

Ninguna de éstas cosas acontece al cuerpo durante la vida, pero todas le suceden despues. En la muerte muere á esta vida mortal: en el dia del juicio resucitará á nueva vida; y pasado este dia subirá al cielo para vivir en él eternamente, Así, lo mismo que sucede al alma, aunque en diferentes tiempos, acontece al cuerpo: y como las mudanzas de este no llegan hasta despues de cumplidas aquellas, la muerte viene á ser la coronacion de la bienaventuranza del alma y el principio de la del cuerpo.

Hé aquí las admirables disposiciones de la sabiduria divina para la salud de las almas; tomadas de esta suerte, segun San Agustin, porque muerto y resucitado para siempre el cuerpo humano en el bautismo, pudiera sujetarse el hombre al Evangelio solo por amor á la vida; y la grandeza de la fe brilla mas conduciéndonos á la inmortalidad por las sombras mismas de la muerte.

---

(1) Ep. de San Pablo á los Filipenses 3, 20.

4.°—No es justo que no experimentemos dolor ni pena alguna en nuestras aflicciones y desgracias como los ángeles que se hallan libres de sentimiento humano; y tampoco lo es que carezcamos de consuelo como los paganos, que se hallan privados de la gracia. Pero sí es justo que nos aflijamos y consolemos como cristianos, y que triunfando el consuelo de esa gracia sobre los sentimientos de la naturaleza, reine y permanezca siempre victoriosa en nosotros á fin de que santifiquemos el nombre de nuestro Padre, de que su voluntad sea la nuestra, de que las aflicciones que sufrimos sirvan, por decirlo así, de materia á un sacrificio que la misma gracia anonade y consuma á mayor gloria suya, y de que estos sacrificios particulares honren y preparen el universal en que la naturaleza entera será consumida por el poder de Jesucristo.

De este modo, hasta nuestras imperfecciones servirán de materia al holocausto; y sacando provecho de ellas mismas, lograrémos cumplidamente el fin de los verdaderos cristianos. Todo cede á beneficio de los escogidos.

Si miramos de cerca y reflexionamos detenidamente, hallarémos aquí grandes ventajas para nuestra edificacion; porque siendo cierto que la muerte del cuerpo solo es una imágen de la muerte del alma, y caminando sobre el principio de haber motivos de esperar la salvacion de aquellos cuya muerte lloramos; es igualmente cierto que si no podemos detener el curso de nuestra afliccion y de nuestra tristeza, debemos sacar de ellas el provecho de considerar que causándonos la muerte del cuerpo sacudimientos tan terribles, en la del alma deberiamos estar inconsolables. Dios ha enviado

aquella á los que echamos ménos; mas esperamos que de la otra se habrá dignado libertarlos. Consideremos la grandeza de nuestros bienes en la de nuestros males, y midamos por el exceso de nuestro dolor nuestra alegría.

Nada hay tan á próposito para moderarla, como el temor de que las almas de nuestros hermanos padezcan por algun tiempo las penas destinadas á purgar el resto de los pecados de esta vida; y debemos emplearnos con el mayor cuidado en aplacar la ira del Señor respecto de ellos.

Las oraciones y sacrificios son un remedio soberano á sus penas. Pero una de las caridades mas útiles y sólidas para con los difuntos, es hacer en su obsequio todo aquello que nos mandarian si se hallasen todavía en este mundo, y ponernos en el estado que ahora nos desean.

Por este medio de algun modo los hacemos revivir en sus consejos, que aun existen y obran en nosotros: y así como los heresiarcas son en la otra vida castigados por los pecados que han hecho cometer á sus sectarios; de la misma manera los fieles son recompensados, no solo por su propio mérito, sino por el de aquellos á quienes fueron útiles sus consejos y ejemplos.

5.°—El hombre es sin duda demasiado enfermo para juzgar sanamente de la série de las cosas futuras. Esperemos pues, en Dios, y no nos fatiguemos con anticipaciones temerarias é indiscretas. Pongamos en sus manos nuestra suerte, y no permitamos que el disgusto nos domine jamas.

San Agustin nos dice que en cada hombre existe una serpiente, una Eva y un Adan. La primera son los sentidos y nuestra naturaleza; la segunda

el apetito concupiscible, y el tercero y último la razon. La naturaleza nos tienta de continuo, y el apetito concupiscible desea con frecuencia; mas el pecado no se consuma si la razon no lo consiente.

Cuando no podamos evitarlo, dejemos obrar á esa serpiente y á esa Eva; mas roguemos á Dios que su gracia fortifique de tal manera á nuestro Adan, que saliendo victorioso en todos los encuentros, triunfe y reine para siempre Jesucristo en nosotros.

ARTICULO XIX.

Oracion para pedir á Dios el buen uso de las enfermedades.

1.°—Espíritu divino, bondadoso, dulce y beneficiente de manera que no solo las prosperidades sino aun las mismas desventuras son un efecto de vuestra misericordia para con vuestros escogidos: concededme, Señor, la gracia de no permitirme obrar como un pagano en el estado á que me ha reducido vuestra divina justicia: haced que como verdadero cristiano en él y en cualquiera otro os reconozca por mi Padre y mi Dios, puesto que la instabilidad de mi condicion nada altera la vuestra, que vos soy siempre el mismo aunque yo esté sujeto á la mudanza, y que no sois ménos Dios cuando afligis y castigais, que cuando consolais y usais de indulgencia.

2.°—Ya que de la salud que para serviros me habiais concedido, hice un uso del todo profano; ahora que para corregirme me enviais la enfermedad, no permitais que abuse tambien de esta, irritándoos por mi impaciencia. Ya que no apliqué, como debia haberlo hecho, mi salud, no permitais que malogre igualmente el fruto del castigo que en mi enfermedad habeis querido enviarme con tanta justicia. En fin, Señor, ya que la corrupcion de mi naturaleza llega hasta el punto de hacerme perniciosos vuestros beneficios, haced por vuestra gracia omnipotente que estas penas me sean saludables. Si mi corazon en su vigor solo es capaz de aficionarse al mundo, anonadad, Señor, este vigor para salvarme; y sea enflaqueciendo mi cuerpo con las enfermedades, ó inflamando mi espíritu con el fuego de la caridad: imposibilitad que yo me apegue á cosa alguna de la tierra, para no hallar contento sino en vos, y ocuparme de vos únicamente.

3.°—¡O Dios, ante cuya presencia á mi muerte y en el dia del juicio he de dar la mas exacta cuenta de todas mis acciones! ¡Dios, que no dejais subsistir el mundo y cuanto en el se encierra, sino para egercicio de vuestros escogidos y castigo de los pecadores! ¡Dios, que abandonais á los endurecidos en el uso delicioso y criminal del mundo! ¡Dios, que quitais la vida á nuestro cuerpo, y á la hora de la muerte desprendeis á nuestra alma de cuanto le es querido en este mundo! ¡Dios, que en el último instante de mi vida me arrancaréis de todo aquello á que estoy apegado y en que he puesto mi corazon! ¡Dios, que en el dia último habeis de consumir el cielo y la tierra con todas las criaturas que contienen, para mostrar al hombre que nada es subsistente sino vos, y nada sino vos merece ser amado, pues nada sino vos es duradero! ¡Dios, que debeis destruir estos ídolos vanos, objetos funestos de nuestras pasiones! Yo os alabo, Dios mio, y os bendeciré toda mi vida por haberos dignado prevenirme para